

Al salir de este lugar entramos á una iglesia bastante hermosa, la cual nos llamó en extremo la atención, por la gran semejanza que tenia con las nuestras. En el interior habia varios altares, donde se encontraban imágenes tambien muy parecidas á las nuestras. En el altar mayor estaban las tablas de la ley, y una gran puerta con molduras doradas, que ocultaba en su seno el tabernáculo. Esta iglesia pertenecía á la religion griega, que es la que más se asemeja á la nuestra, pues observan la ley antigua de Moises, y en muy pocas cosas se diferencian en sus creencias de nosotros.

Quando penetramos en el templo, se hallaba un sacerdote oficiando; era anciano, una larga barba caia sobre su pecho; su cabello tambien era largo, y su traje talar nos hizo recordar los druidas del tiempo del paganismo, ó los sacerdotes del tiempo de Araon.

Algunas de las ceremonias de los griegos son públicas, y otras secretas, introduciéndose los sacerdotes en el tabernáculo, y cerrando las gruesas puertas que le dan entrada.

Nosotras contemplábamos con curiosidad aquellas ceremonias, que nos inspiraban una secreta aversion y repugnancia involuntaria. Al fin salimos de aquel templo, cuya fachada de un estilo

enteramente oriental fijó nuestra atención, y recorriendo varias calles de la ciudad, pasamos delante de una iglesia de donde salia una confusa gritería; penetramos en ella sorprendidas, y vimos que aquel espacioso salon, sin altar ni imágenes, se hallaba lleno de gentes; unos estaban postrados dándose golpes de pecho, otros con la frente en la tierra, parecian sumergidos en la meditacion más profunda, y otros con los ojos fijos en el cielo semejaban descubrir algo al traves de las espesas bóvedas. Aquellos, inspirados, hacian resonar el aire con sus gritos de alegría, mientras poseidos de un frenético entusiasmo; hacian volar sus sombreros, y levantaban por los aires las sillas que tenian á su lado. Sorprendidas y admiradas contemplábamos todo esto, y viendo los diversos grupos, la confusión, y escuchando tan inmensa gritería, presenciábamos ese desorden y no podíamos ménos de compadecer á todos estos infelices ciegos.

Era este el templo de los Kuaqueros, y ellos por sus creencias están esperando siempre la venida del Espíritu Santo, y se reúnen con el objeto de recibirlo; cuando alguno inspirado elevaba la voz para decir que ya lo veia descender, todos se levantaban, y dejándose llevar de los arrebatos de su fervor, gritaban y hacian lo que

antes describimos; mas convencidos luego de su error, volvian á sumerjirse en la meditacion. Así pasaban las horas en violentas alternativas, hasta que perdiendo la esperanza de que bajase aquel dia, se separaban para volverse á reunir. ¡Insensatos! Siempre vivirán esperando.

Salimos de aquel templo, pudiendo apenas contener la risa que nos ahogaba. Pasamos por la quinta avenida, en aquella hora cubierta de gente que iba ó se retiraba de los templos. Allí admiramos el lujo, la elegancia y la hermosura de las bellas norte americanas, y atravesando por entre aquella hilera de gentes, continuamos nuestro paseo.

Salimos de la quinta avenida en busca siempre de nuevos templos, que nos presentasen espectáculos curiosos y desconocidos, penetramos en varios más ó ménos distintos, y en uno notamos que un hombre, por cierto nada decente, era el que ocupaba el púlpito, y todos los concurrentes lo escuchaban con gran veneracion; esto no debia habernos admirado, porque nuestros queridos padres nos habian referido, que en su permanencia la primera vez en aquella república, el cochero que los servia era un sacerdote metodista. ¡Oh y cuánto abunda esto en el protestantismo! ¡Qué diferencia con nuestro clero!

Continuando nuestro paseo, entramos luego á otra iglesia, donde todos leian en voz alta las oraciones que contenian unos libros, y en medio casi del templo se encontraba una gran mesa, en la cual sin duda iba á tener lugar alguna ceremonia. Esperamos un largo rato para ver si podiamos observar algo, pero tardando demasiado nos salimos sin esperar más.

Las construcciones de algunos templos nos llamaban la atencion; en muchos de ellos entrábase por un hermoso jardin con su buen enverjado de fierro; en el centro lucian estátuas de bronce y de mármol, fuentes con preciosos juegos de aguas, asientos rústicos muy bien distribuidos, etc., etc., etc.

Por fin, era ya tarde, y debiamos regresar al Hotel, y cortar la visita de los templos, lo hicimos así, pero antes acompañamos á Marta hasta su residencia, quedando de verla temprano al siguiente dia.

Luego nos encaminamos á Clarendon, y pronto reposábamos cerca de la chimenea. Estábamos fatigadas, porque nuestro paseo habia sido largo, y veníamos como con el corazón contristado. ¿por qué causa? Es fácil adivinarlo.

En aquella mañana habiamos sido testigos de la situacion de muchos de nuestros hermanos,

que en vez de dejarse cautivar por las dulces máximas del Crucificado, no conocían la celestial dulzura de esta religion sublime, que ensancha el afligido espíritu y consuela los más grandes sufrimientos. . . .

¡Oh! con cuánta ansia deseábamos que aquellos diferentes templos, que habíamos visitado, estuviesen todos consagrados á la única religion verdadera que existe, á la religion católica; y que los infelices que con tanto fervor se entregan al error, se alistasen bajo el estandarte de la Cruz! ¡Ojalá y hubiese estado en nuestro poder efectuar esta transformacion; por ella hubiéramos dado hasta la existencia, y no hablamos con exageracion, ojalá pudiéramos probarlo.

Pero dejemos ya este triste punto. . . . el Dios de las misericordias las derrame sobre todos los infieles, y logren su conversion. Este es nuestro más vehemente deseo.

Aquella noche, segun pudimos ver en los periódicos, en uno de los más famosos museos de Nueva York se representaba en un pequeño teatro que en él habia: "Moises salvado de las aguas por la hija Faraon." Nos propusimos ir, como en efecto lo ejecutamos.

El Museo de Historia Natural, que visitamos ese mismo dia poco antes de que oscureciera, me-

rece detenerse algun tanto en él; pues posee la mejor coleccion que hay en América en su clase. Allí pueden verse bajo un mismo techo una infinidad de objetos que llaman la atencion.

La coleccion de aves es notable por su exquisita variedad, y el interés que siempre despierta una reunion de los representantes de las aladas aves de todo el mundo.

En un museo de este género conoce uno mejor todas las clases de animales que pueblan el Universo, y no puede dejar de excitar este conocimiento el más vivo interés, al descubrir las diferentes figuras de los animales, las familias que forman, su belleza, sus instintos, y muchas de sus particularidades.

Allí aparecen en vidrieras los más pequeños que pertenecen á la familia de las hormigas y de las moscas, prendidos sobre pequeños cojines de paño ó terciopelo, algunos tan imperceptibles, que apenas se pueden ver. ¡Qué contraste forman estos pequeños insectos con las fieras!

Contemplamos allí sin peligro, al soberbio leon, al oso, al tigre, al leopardo y otra multitud de fieras por el estilo, en las cuales no podemos menos de fijarnos con un secreto horror!

Luego, pasando á examinar los habitantes del Oceano, nos encontramos con los grandes es-

queletos de la ballena, del tiburón y otros, admirando el arte y perfección con que se disecan toda especie de animales, hasta hacernos parecer que contemplamos en esos cuerpos privados de vida, algunos llenos de ella, prodigios admirables de la ciencia!

En el Museo de Barnun era donde se representaba la pieza de la cual hemos ya hablado, y en la misma noche del día en que visitamos el museo fuimos para asistir á la representación. Esta por supuesto debía ser en inglés, y nosotras no comprendíamos todavía del todo este idioma; pero no por esto nos privamos del gusto de asistir á la representación.

La función comenzó cerca de las ocho y media. El teatro era pequeño, pero bien distribuido y sumamente aseado; los trajes de los actores eran ricos, é imitando por de contado las costumbres de aquel paso y época consiguientes; las decoraciones de mucho gusto; y los artistas no tenían mala figura; desde luego se comprendía sin embargo, que aunque la compañía no era de lo peor, tampoco era de lo mejor que allí había.

El público no era muy numeroso, la representación duró más de una hora, y cuando hubo concluido, contemplamos en el mismo lugar un

delicioso espectáculo de variadas y preciosas vistas disolventes, que llamaron en extremo nuestra atención. En seguida salimos del pequeño teatro, para penetrar en un salón profusamente iluminado, donde se encontraban varias culebras vivas, que una mujer fresca y robusta trataba con suma familiaridad, enrollándose en el cuerpo y en los brazos; nosotras apartamos llenas de horror la vista de aquel espectáculo, para fijarnos en dos jóvenes, que caprichosamente vestidas, y con el cabello en completo desorden, llamaban la atención: designábanlas como circasianas; nosotras al contemplarlas no descubrimos en ellas ese tipo de belleza, que distingue esa raza del Norte.

Después de recorrer cuanto había de notable en el Museo de Barnun, salimos de él; eran las diez de la noche, tomamos un carruaje, y en breve nos encontramos en el Hotel.